



Parte de la Zumalde-txiki, en 1907

# LA "ZUMARDE" TXIKI

V. COBREROS URANGA

Los que peinan canas desde tiempo atrás y otros ¡ay! que quisieran peinarlas, por mala memoria que tengan, poseen el privilegio de recordar sus más lejanos años de la infancia con mayor nitidez que los hechos acaecidos posteriormente; y no se diga si por razones de tedio, revolviendo descoloridos papeles de antaño —es un recurso adormilarse en añoranzas—, ocurren sorpresas como el hallazgo de una desvaída fotografía.

Tal, la de verme de pronto —al cabo de tres largos cuartos de siglo— en la desaparecida Zumalde-txiki, en compañía de mi padre, contemplando los afanes de tensar cuerdas de un «morroi» de los Carrera, y teniendo por testigo a «Arraxoi», cabo de la Guardia Municipal y angel titular de la chiquillería andante, aunque no circularan en aquella época todavía automóviles, sino unos pocos coches de caballos y, desde luego,

algunos carros de «caxeros» tirados por bueyes, cargados, a veces, de sacos repletos de olorosas manzanas.

Costará mucho a los renterianos de hoy... y de un ayer relativamente próximo ubicar el «txoko» de la Alameda pequeña, que recoge la foto, cuando ni un árbol queda ya como referencia de aquella su hermana mayor la frondosa Zumarde aundi, alfombrada de hierba —¡qué delicia para los peques!—, a lo largo del río, entre éste y la carretera y que iba desde cerca del puente de Ugarriza hasta el de Santa Clara. Umbroso lugar de paseo, donde indianos, curas y algún renteriano, libre de la atosigante prisa que nos ahoga ahora, departían en sus peripatéticas idas y venidas, echando humo de sus pitillos, parsimoniosamente liados, al par que arreglaban el mundo —¡siempre revuelto!—, hasta que sonaban las lentas y vibrantes campanadas del ángelus, momento en el que terminaban sus pláticas y los paseos y todo el mundo se iba a comer.

La foto familiar que motiva estas líneas es sólo un pretexto para revivir aquel Rentería de principios de siglo en sus propios comienzos, en la curva que formaba la calle Carretera —luego, de Viteri— al cruzar la Zumarde txiki, para seguir hacia Irún.

¿Puede imaginarse hoy que el riachuelo «Xamarako erreka», adentrándose por Santa Clara en la «Fábrica Grande» de tejidos de lino, saliera en la Zumarde txiki y corriera rozando las fachadas posteriores de las casas de la calle de Abajo —entre otras, las de la Fábrica pequeña de tejidos y tapicería, la de alpargatas y otra de tejidos, de Echevarría todas ellas— así como la de la encantadora escuela de párvulos, que regentaba la maestra Anita Bizcarrondo?

Seguía el riachuelo bajo un puentecillo que salvaba la entrada del camino de Lezo a la Plaza Mayor, y pasaba frente —alcantarillado ya el río— a los que luego fueron el café de Arocena, «El Gran Balcón» de Iguarán y una taberna —cuyo nombre se me escapa—, para después de cruzar bajo otro quente la calle Carretera, continuar su curso, tras las últimas casas de la calle Capitanenea, hasta el desaparecido matadero, donde desembocaba en el Oarso, a unos pasos más hacia la derecha, desde donde está tomada la foto.

En el ángulo de la calle, bajo un saliente mirador de la casa donde vivió el Dr. Urgoiti, se abrió por entonces una especie de bar —no se conocía en aquellos tiempos esta exótica palabra— en el que se expendía sidra embotellada, para tomarla «in situ», no a vasos, desde la «lempela» —como en las sidrerías, un tanto deprimentes para forasteros y veraneantes de aquellos tiempos—, recinto en extremo llamativo por su abiga-

rrada decoración de «estilo egipcio»; restos de cuyas pinturas aún pudieron verse al cabo de los años en la droguería de Lecuona, que le sucedió. La tal sidrería de lujo nació al estímulo competitivo de «El Gran Balcón» —en cuya marquesina más de un verano pudimos identificar, de crios, al gran violinista Sarasate y al no menos célebre torero Guerrita, apurando sendos vasos de espumosa cerveza—, y del «Oarso Ibai», el restaurante del otro lado del río —hoy «Panier Fleuri»—, a donde su dueño, Zalacain —«Xulo»—, se trajo un cocinero de París, que popularizó las patatas «soufflees», que le dieron fama.

En la foto puede adivinarse —más que ver—, en la calle Carretera, las puertas del café y chocolatería de Olaciregui, «Kanthale-Kua», seguidas de las de la tienda de tejidos de lino de Arreche, a cargo de Agustina y Eladia, haciendo esquina con la calle Capitanenea y, frente a ella, en la otra acera, la tienda de lienzos de Lola Lecuona —con el tiempo, de Garmendia.

Lo más interesante de la foto, sin embargo —sin querer se divaga recordando rincones, comercios, vecinos... ya todo desaparecido—, es la rueda de los Carrera tensando cuerdas. Reminiscencia de un Rentería marinero, que halla eco en la fuente «Azken portu», en el camino de San Marcos, frente a la «Fabril Lanera» y en aquella enorme ancla —de algún galeón, sin duda— que se encontró bajo tierra, en la marisma, cuando fue construida la ya desaparecida fábrica de «Galletas Olibet». ¡Qué bien haría hoy poder contemplarla sobre un plinto en alguna plaza o jardín, como homenaje y recuerdo de aquel Rentería marinero, del que nos vamos olvidando todos!



«Txoko» de la Zumarde-txiki, en 1900